

Srta. Quéniaux, el verdadero origen de 'El origen del mundo'

El historiador Claude Schopp, descubridor de la modelo de Courbet, detalla el azaroso proceso en torno a la pintura de la vulva más escandalosa de la historia

por REBECA
YANKE

«Martes 20 de junio de 1871. Carta muy divertida de Dumas sobre Courbet». Esta anotación en la agenda de la escritora francesa George Sand llama la atención del historiador Claude Schopp, que en 2018 anda recopilando la correspondencia entre Alejandro Dumas hijo y Sand, a quien el dramaturgo consideraba casi una madre. Schopp encuentra una transcripción de la carta. En ella, en efecto, Dumas critica con ferocidad al pintor Gustave Courbet. Y añade: «Además, no se pinta con el pincel más delicado y más sonoro la entrevista [interview] de la señorita Quéniaux de la Ópera para el turco que de vez en cuando se hospedaba allí (...) Es algo indigno».

Schopp se queda perplejo. La frase no tiene sentido y además, la palabra *interview* era un anacronismo. Lee y relea: tiene que ser un error de la transcripción. Tiene una intuición y acude al original de la carta, en la Biblioteca Nacional de Francia. Y confirma su hipótesis: la palabra que Dumas había escrito no era *interview*, sino *intérieure*. «El interior de la señora Quéniaux». Todo cobra sentido. Dumas se refe-

ría, elegantemente, a la vulva de la modelo que había posado para Courbet en el cuadro *El origen del mundo*. Sin haberlo buscado, el historiador acababa de resolver uno de los misterios más perturbadores de la historia del arte. Y dejó momentáneamente a Dumas para seguirle la pista a «Mademoiselle Quéniaux».

Su investigación acaba de publicarse en español por la editorial Libros del Zorzal, cinco años después de que Schopp revelara a Francia quién era la mujer de uno de los cuadros más controvertidos y sugerentes de todos los tiempos, que estuvo durante décadas en paradero desconocido, que pasó por distintas paredes —a menudo oculto por velos— de escritores franceses y personajes de países lejanos, y que ahora se exhibe en el Museo de Orsay. No sin polémicas. En 2011, Facebook lo censuró por considerar que incumplía sus protocolos.

Bailarina y cortesana. ¿Quién era la señorita Quéniaux y cómo llegó a posar para Courbet? Para empezar, Dumas escribió mal su apellido, como pudo comprobar Schopp en sus pesquisas «por los legajos polvorientos del Archivo Nacional, del Museo de la



Ópera y otros fondos notariales». Constance Quéniaux nació pobre y murió rica. Hija de una madre soltera, llegó a París con 14 años e ingresó en el Ballet de la Ópera, pero nunca llegó a disfrutar del verdadero éxito. Para so-

RETRATO DE
CONSTANCE
QUÉNIAUX.
GASPARD-FÉLIX
TOURNACHON



brevivir, tuvo que buscar protectores. Uno de sus amantes era Jalil Bey, célebre diplomático turco que fundía su fortuna como el *bon vivant* que era, además de aficionado al juego. Constance era para él una suerte de amule-

to, le traía suerte. Jalil también era coleccionista de arte erótico, y ahí llega la conexión con Courbet. El ex embajador le hace encargos, y pide a la bailarina, que tiene entonces 34 años, que pose para el pintor. Constance es una de las dos mujeres que se funden en un abrazo lésbico en el cuadro *Sueño*, también llamado *Las dos amigas*, pintado en 1866 y que se conserva en el Petite Palais. Ese mismo año, posa para Courbet en otro encargo de Jalil-Bey: *El origen del mundo*.

Y filántropa. La imagen «real» que ha quedado de Constance Quéniaux, sin embargo, es una fotografía en la que posa como burguesa formal. «Poco a poco se me fue apareciendo la verdad de esta bailarina y cortesana, y mis sentimientos hacia ella cambiaron», señala Schopp. «El ligero desprecio que hubiera podido sentir por su vida disoluta dio paso a una profunda admiración. Vi cómo, con gran elegancia, logró escapar del destino de su clase social: nacida de madre analfabeta, se transformó en una mujer de mundo».

Acumuló una cuantiosa fortuna, fue retratada por los primeros fotógrafos franceses –Nadar, Disdéri o Charles Janicot– y terminó sus días en su París de siempre convertida en filántropa, financiando orfanatos y cambiando su testamento cada pocos días en función de sus inquietudes. Entre sus propiedades, cuenta Schopp, había un cuadro de Courbet, *Flores*, en el que destaca una planta «que ofrece al espectador una profunda corola roja, floreciente y abierta».

Schopp insiste en que no es un especialista del arte, ni había estudiado la obra de Gustave Courbet. «Su pintura más famosa y atrevida no me era más familiar que a un visitante del Museo de Orsay», apunta. Pero nada le gusta más a este historia-



CLAUDE SCHOPP
EL ORIGEN DEL MUNDO. VIDA DE LA MODELO
Trad: Iair Kon
Libros del Zorzal
142 páginas

LA PINTURA QUE NINGÚN DUEÑO MOSTRABA

Gustave Courbet pinta el cuadro en el verano de 1866, en cuanto el coleccionista turco Jalil-Bey se lo pide. Y

dor que la máxima de Gaston Bachelard: «El que encuentra sin buscar es el que ha buscado durante mucho tiempo sin encontrar». Y sus 50 años rebuscando en Dumas padre e hijo han traído consigo este hallazgo. «El descubrimiento me dejó anonadado, no podía creerlo, me debatía entre la satisfacción de haber resuelto un enigma y la vaga culpa de ser el causante de que haya un secreto menos en este mundo desencantado».

En efecto, hasta entonces había varias candidatas a ser la protagonista del lienzo. Schopp explica en su ensayo que una de ellas, Marie-Anne Detourbay, había sido amante de Jalil-Bey y del propio Dumas, que se movían en los mismos ambientes. «Sin duda Courbet explicó a Constance



tras diversas ventas a lo largo de un siglo termina en el despacho de Jacques Lacan, quien lo esconde tras una cortina. Tras su muerte, en 1981, los herederos lo entregan al Estado francés como pago del impuesto de sucesiones

el cuadro extraordinario que quería», escribe Schopp, «reproduciría el tronco de una mujer acostada desnuda sobre una cama, con los muslos separados, encuadrada de manera que no se viera nada por encima de sus senos (cubiertos en parte por una sábana) ni por debajo de sus muslos (...) en beneficio del sexo impúdico ubicado en el centro».

En sus visitas al Museo de Orsay, Schopp nota a menudo «una especie de vergüenza entre los visitantes que observan» *El origen del mundo*. «Excepto en una abuela a la que escuché decir a su nieto: 'Mira bien, de aquí vienes'».

